

Ahora bien: esta coincidencia en el resurgir de la crítica en puntos geográficos distantes no se crea que implica una unanimidad. Al contrario, puede decirse, casi, que la calidad ha aumentado en proporción directa a la disparidad. Y no a la disparidad de conclusiones, sino—lo que tal vez sea más importante—a la disparidad de puntos de vista.

Desde el punto de partida casi estrictamente metafísico de Ballester hasta la posición intelectual sociológica de Vielba, pasando por el esteticismo psicológico del grupo de Tarrasa, una extensa gama de matices se dan en nuestros críticos actuales, coincidentes, empero, todos ellos en un generoso afán de elevar en todos sentidos a nuestra fotografía.

El que esto escribe ha de reconocer que su punto de partida es el más pedestre que pueda darse en el panorama actual, y que en orden de escalafón, es indudablemente el de más humilde categoría.

Cuando digo—o dije, porque ya hace tiempo de esto—que es preciso *perderle el miedo a la ampliadora*, no pretendo emular las geniales metáforas de Eugenio d'Ors, ni expresarme en clave. Cuando digo que hay que perderle el miedo a la ampliadora, quiero decir, simplemente, que hay que perderle el miedo a la ampliadora. Y podría añadir que quien la haya manejado con una cierta asiduidad, me comprenderá perfectamente...

Por esta razón, ante la muestra de Antonio Moncaujussá, no tengo ningún inconveniente en hablar del sorprendente sentido de la libertad en este autor, ni de tratar de esta particularidad individual como móvil matriz de toda su obra.

Ya sé que haciendo metafísica podría decirse que esta libertad trasciende lo puramente mecánico para elevarse a las regiones de lo creacional; que haciendo esteticismo subjetivo, podría afirmarse que una postura de incomodidad formal ha dado origen a una nueva estética del incorformismo, y, por último, que, haciendo sociología, podría decir que el espíritu de liberación de categorías ha producido una obra que escapa a toda calificación de utilidad con libre escape del más descarnado sentido creador.

Para quien crea que estoy de guesa, añadiré que todas y cada una de estas condiciones las firmaría el que esto escribe al lado de la rúbrica de sus autores.

Pero si hago esta exposición es para concluir simplemente, que por mi parte, a causa de unas limitaciones bien excusables, he de conformarme en afirmar que Antonio Moncaujussá es de los que, habiendo perdido el miedo no solo a la ampliadora, sino a la cámara, e incluso a todo convencionalismo interesado, ha logrado un dominio perfecto de todos y cada uno de estos estadios previos hacia la consecución de la obra fotográfica como entidad independiente.

Las obras de Moncaujussá (estimo que se las puede llamar «obras») son producto de un móvil de inquietud personal indudable; prescinden en absoluto de cualquier compromiso utilitario; igual en un sentido social que en el más canijo sentido concursista; implican un olvido, no deliberado, sino fatal e inevitable de cualquier normativa convencional o de escuela; y significan, por añadidura,